

La muerte de José Asunción Silva

(Al márgen de un estudio de Alcides Arguedas) ¹

Bruselas, febrero 7 de 1934.

Señor doctor

Don ARMANDO SOLANO.

Amberes.

Mi querido amigo:

Cumplo mi propósito de escribir a usted de nuevo con motivo de la aparición en esa ciudad de la Revista "Ulenpiegel". Mas no ya para referirme a las interesantes y maticadas reflexiones que le sugirió a usted la epopeya popular de De Coster, de cuyo personaje principal toma su nombre la Revista, y sobre las cuales tuve ocasión de hablarle en mi anterior. Hoy quiero tan sólo ocuparme del no menos interesante escrito allí mismo publicado por nuestro distinguido y común amigo Alcides Arguedas con el título "La muerte de José Asunción Silva".

Acaso parezca extraño el que un simple mortal, que si ha picado en periodista, apenas si de cuando en vez ha medio entreabierto las ventanas que miran a los valles floridos de la literatura, venga ahora a escribir a usted, que ha hecho siega abundante con las hoces del pensamiento, a propósito de lo que acerca de nuestro gran poeta acaba de expresar, en prosa fuerte, uno de los portaestandartes de las letras hispanoamericanas.

Le hablo a usted así libre de falsas modestias. Tan libre, que no tengo inconveniente en agregarle al mismo tiempo que me atrevo a pensar que, llegado el caso, podría yo escribir, sin galas retóricas pero con cariño y conocimiento de causa, sobre la vida y la muerte del autor del *Nocturno*.

—¿Y esto por qué?, podrá usted preguntarme. La respuesta es obvia. Bastaría recordarle que por rara coincidencia, tanto en las crónicas íntimas de los Holguines, como en las remembranzas sociales de los Caros, encuéntranse a menudo, a través de casi un siglo, los vestigios dicen-

tes de la cordialísima y nunca interrumpida amistad que unió a los miembros de estas familias con los antepasados de Silva, primero, y luégo con él mismo.

Por esta razón conozco sus antecedentes y su vida con no pocos detalles precisos. Y muy vivo conservo su recuerdo, con esta misteriosa fidelidad con que la mente del hombre retiene cuanto la impresionó en la infancia. Silva era asiduo, casi diario visitante de mi casa. Y claro, allí le vi mil veces, mil veces oílo recitar, por ejemplo:

Aserrín,

Aserrán,

Los maderos de San Juan

Piden queso, piden pan;

Los de Roque,

Alfandoque;

Los de Rique,

Alfeñique;

Los de Trique,

Triquitrán.

Triqui, triqui, triqui, trán!

Y nunca caerá de mi memoria el sentimiento de doloroso estupor que entre los míos produjo, aquel domingo lluvioso de mayo, el eco de la detonación fatal. Es una de tantas impresiones de mi niñez que guardaré mientras viva.

Es natural que en un estudio sobre Silva se evoque el recuerdo de la hermana muerta, sobre cuya tumba habrá siempre frescas flores. A Elvira, de belleza incomparable, de facciones finísimas, tez de alabastro, leve y grácil de cuerpo, de seductora naturalidad, de sencillez exquisita, y admirable sobre todo por la bondad y la dulzura que irradiaban de su alma. Tal el retrato que en mi casa se conserva y que de niño solía yo admirar al calor de las reminiscencias oídas en las veladas familiares.

Natural es, repito, que al escribir sobre el gran poeta bogotano, se recuerde a la hermana queridísima, su compañera de infancia y juventud, a quien amó con íntima ternura —porque Silva supo amar a los suyos con infinita intensidad—, y ante cuya tumba brotaron en torrente las lágrimas de nuestra sociedad.

Si aquella muerte, que la segó en flor, puso un cres-

(1) Don Alvaro Holguín y Caro ha tenido a bien facilitarnos, para su publicación en esta revista, copia de la carta que se verá en seguida. Aun cuando inédita hasta hoy, ella fue comentada por el mismo señor Arguedas en su último libro.—N. de la R.

pón de duelo en el cuadro apacible de nuestro viejo Bogotá, ¿cómo no mencionarla siquiera en tratándose del hermano cariñoso, del poeta sensible?

Y Arguedas no sólo la menciona al principiar su estudio, sino que traza de ella un simpático bosquejo. Mas desgraciadamente anota, aun cuando por fortuna sin aceptarla del todo, una torpe leyenda que se ha tejido alrededor de aquella tumba y que tuvo origen, según colijo, del escrito que me ocupa, en la imaginación del distinguido escritor venezolano don Rufino Blanco Fombona.

La acepta en parte. Porque después de registrarla, y ya al llegar al momento del suicidio, dice: "Entonces se avivaron los recuerdos de su muerte y vio cerrado por todos lados el horizonte de la vida". Lo cual vale decir que en su mente alcanzó a hacer camino la temeraria leyenda.

Y sin embargo yo no culpo a Arguedas de este error. El no es colombiano. Y en su calidad de extranjero, me atrevo a pensar, no pudo penetrar hondo en las intimidades de nuestra sociedad, puesto que por desgracia su presencia en Colombia como representante diplomático de Bolivia, fue muy corta. Y si a esto se agrega que dentro del propio marco de la plaza mayor de Bogotá encontró personas amigas de Silva que no sólo no rechazan la idea de Blanco Fombona sino que antes bien la prohijan, entonces se explica fácilmente el que por su parte la haya aceptado.

No, mi querido amigo. Eso no es así. Y por tanto, precisa que los que conocemos la historia del poeta y queremos de veras su memoria, protestemos contra aquella leyenda, que sin duda habrá hecho ruborizar, en las profundidades del sepulcro, a quien fue un caballero y un hombre bien nacido.

Veo que al indagar las causas del suicidio, Arguedas establece con toda franqueza una rigurosamente exacta. Más aún: es ésta la primera vez que encuentro escrito en letras de imprenta que la fuerza que empujó a Silva a echarse —cobarde!— en los brazos de la muerte, fue la difícil situación económica que atravesaba, la desesperada, me atrevería yo a decir.

Sin que esto, que es rigurosamente exacto, signifique tampoco que Silva, por cuanto ambicionaba riquezas y tenía horror a la pobreza, hubiese sido un hombre "ayanqui-

zado", como insinúa nuestro ilustre amigo. No todo el que es rico o ambiciona serlo es un adorador del Becerro de Oro; así como tampoco es condición indispensable para ser poeta sensible y soñador la de ser, como el Santo de Asís, pobre de solemnidad.

Pero volviendo a las causas del suicidio, si Arguedas, con toda razón, es terminante en establecer en primer término la bancarrota económica, se aparta de la realidad cuando cree que hubo además otra, que en todo caso guarda íntima relación con aquélla, y que podría formularse así: el desaliento, la desesperación que en el poeta romántico, elegante, culto, refinado, produjo la perspectiva de tener que continuar viviendo dentro de la monotonía insoportable del Bogotá de aquel entonces.

Y como punto de partida, retiene la siguiente frase, tomada de una carta escrita desde Caracas en noviembre de 1894:

"No pudiendo vivir en *grand seigneur*, vivo sin placeres, con ocupaciones para cuatro y muy contento, a pesar de la falta de mis viejos, porque no estoy en Colombia".

Y agrega:

"Esta última frase, decisiva, está puesta por José Asunción con caracteres grandes, firmemente subrayados, como para concentrar en ella toda la atención de su amigo. Y es ella la que explica el resto y abre ancha puerta para esclarecer definitivamente el misterio y la penumbra de esa vida, no tan agitada ni tan romántica como piensan muchos, y ver que lo que lo ha empujado a la muerte es el mal estado de sus negocios, y, sobre todo, la estrechez del ambiente, el cansancio de la vida de ciudad pequeña, donde ningún hombre es de veras libre..."

Ya había dicho, hablando del momento en que regresó de Caracas a Bogotá, que "es en ese punto que se enlazan los elementos del drama en una trabazón lógica". Es decir, que en aquel momento de la vida de Silva, juntáronse dos circunstancias que fatalmente debían llevarlo a dispararse un tiro en el corazón: el deplorable estado de sus negocios y, "sobre todo", la perspectiva de tener que continuar viviendo en Bogotá.

Arguedas explaya así su pensamiento:

"Todo se encamina y se encadena después de esta frase, escrita en Caracas el 2 de noviembre de 1894, fecha que es preciso retener. Y la cadena se eslabona así:

“Silva ha nacido en casa rica, y, de joven, viaja por Europa, donde adquiere gustos refinados, siente el amor por las letras y las gimnasias del espíritu, conoce las aventuras sensuales y sentimentales, todo lo que resalta en su novela autobiográfica DE SOBREMESA, de factura bastante convencional y artificiosa... El padre muere en 1887 y José Asunción se hace cargo de los negocios. Es el tiempo de la vida brillante y movida, de los versos trabajados con paciencia, constancia y cariño. Mientras tanto, los negocios se ponen mal... El 6 de enero de 1892 muere Elvira, y la catástrofe sentimental, completada por la material, le hace concebir el vehemente anhelo de marcharse y buscar una situación diplomática, no tanto, acaso, para vivir exclusivamente de ella, como por zafar del ambiente bogotano, huir de él.

“Cae bien en Caracas, y de esa vida sabrosa, algo indolente y algo laboriosa, ha de arrancarse a poco para acudir a Bogotá a poner en orden sus asuntos embrollados y con la intención de volver cuanto antes a Caracas.

“Muchas y graves decepciones le esperaban en Bogotá. Por lo pronto, adquirió la certeza de que ya no le sería posible reasumir su cargo diplomático, porque esos cargos en los más de nuestros países son de circunstancia y sirven para pagar servicios electorales, complacer a los parientes y amigos y sólo se dan a los que saben merecerlos o solicitarlos. No pudiendo, entonces, volver a Caracas, estaba condenado a vivir siempre en la ciudad gris de la sabana donde...

“La luz vaga, opaco el día,
La llovizna cae y moja
Con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
Un oscuro velo opaco de letal melancolía,
Y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se recoja
Al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría...”

Y como para explicar aún más el encadenamiento de aquellas dos circunstancias y dar fuerza mayor a la última, nuestro muy apreciado amigo Arguedas, a quien por lo visto, y desgraciadamente, no dejó mi ciudad un grato recuerdo, a vuelta de citar alguna frase de Taine, en la que

éste habla sobre la influencia que en el hombre ejercen de ordinario los climas, concluye así:

“Esta predisposición a la tristeza y a la misantropía por influjo del clima, se exaspera más todavía cuando se lleva el recuerdo de otros cielos más claros, de otro ambiente moral más propicio al vuelo de la fantasía y de otras costumbres más abiertas a los desbordes del entusiasmo, de la pasión o del sentimiento...”

“Nada de eso encontraba José Asunción en Santa Fe de Bogotá, que es una ciudad triste, no tanto como ciudad misma, como por su cielo cambiante, muy a menudo entoldado, y su aire húmedo y malsano”.

Y agrega que no existiendo en ese tiempo la afición al deporte, ni el radio, ni el cine, la vida en Bogotá era “implacablemente vacía, monótona con ferocidad, terriblemente estancada”.

Allí, por consiguiente, no quedaba más camino que “aburrirse”. Tal es su expresión.

Siento mucho estar en completo desacuerdo con mi amigo Arguedas. Y vamos por partes.

En primer lugar, el Bogotá del siglo pasado, no por tranquilo dejó de ser interesante y espiritual. A ese apartado picacho de los Andes llegaban vientos de fuera, acaso con mayor regularidad que a otros lugares, y no en forma de huracanes terribles sino suaves y frescos. Y hubo una rara cultura intelectual, que le valió en América dictados honrosísimos. Y hubo mucha distinción, y mucha elegancia, y mucho refinamiento, y mucho buen gusto. Quién sabe si un poco más que ahora, cuando abundan el deporte, el radio y el cinematógrafo. Recuerde usted los testimonios que al respecto dieron, en épocas diversas, visitantes tan autorizados como D'Espagnet, Soffia y Cané.

Y Silva fue un bogotano. Un genuino bogotano, con muchas de las características, por cierto muy especiales, que a través de los tiempos han singularizado a muchos de los nacidos, o reciamente aclimatados, en ese medio que ha producido buenas cosechas de pensadores, literatos y poetas. Medio vivaz, apasionado, algo bullanguero, un sí es no es frívolo, lluvioso durante algunos meses, pero bañado en otros por un azul tan puro y transparente como el que se refleja en las orillas del Mediterráneo; de calles angostas y plazas no muy amplias, donde el eco repercute contra la mole de la cordillera y piérdese la vista en la

verdura de un valle fertilísimo; donde a menudo se escucha el tañido de las campanas de las viejas iglesias coloniales, y florecen la ática ironía y la burla de buen tono; y donde si las rosas, los claveles y los nardos germinan con idéntica lozanía desde el 1° de enero hasta el 31 de diciembre, suele también prosperar, frondosa y abundante, esa otra planta, medicinal y venenosa al mismo tiempo, que se llama “despreocupación”. Medio, en fin, donde no desentonarían las andanzas del Caballero de la Triste Figura, pero dentro del cual nunca hubiera podido encontrarse cómodo su robusto escudero; propicio acaso a las vagabundas correrías de Ulenspiegel, pero también del todo inadecuado a la mentalidad calculadora y glotona de Lamme Goedzak, el Sancho Panza de la leyenda flamenca de De Coster.

Y así, del propio modo que el pilluelo de quien toma su nombre la Revista pudo exclamar: “Je ne suis pas corps, mais esprit... Esprit de Flandre, je ne mourrai point...”, así también el poeta que cantó “las cosas viejas, tristes, desteñidas, sin voz y sin color...”, pudo también haber dicho: “Yo no soy sólo materia... Mi espíritu —espíritu bogotano—, jamás perecerá...”

Yo no creo, por consiguiente, que pueda afirmarse que Silva se aburriera en el Bogotá donde nació y vivió. Como no creo tampoco que Larra, por ejemplo, hubiese sido compelido a dispararse un pistoletazo por el aburrimiento que le causara el Madrid de principios del siglo pasado, que es al Madrid actual lo que el Bogotá de los tiempos de Silva es al de nuestros días. Porque allí tampoco, me parece, había cinematógrafo, ni deportes, ni telegrafía sin hilos.

Más bien me inclino a pensar que los cines, y el radio, y las pianolas, y el boxeo, hubieran lastimado su temperamento. Porque no concibo fácilmente entusiasmándose con el arte de dar bofetadas, ni pendiente de las sensaciones y no siempre interesantes noticias que a través de las ondas misteriosas transmiten hoy las Agencias de Información, ni enamorado de la silueta muerta que reproduce una pantalla cinematográfica, a quien fue todo vida, todo sensibilidad, todo delicadeza, todo poesía. ¿Mucho me engaño? Tal vez...

Ni tampoco es del todo exacto que Silva viajase de joven por Europa como para que este ambiente hubiese contribuido a modelar su fisonomía. No fue aquí donde ad-

quirió gustos refinados, y amor a las letras y a las gimnasias del espíritu.

No. Su permanencia en este viejo mundo se redujo, creo, a dos o tres meses pasados en París. Llegó a la gran metrópoli en busca del apoyo de un viejo tío, soltero, misántropo y acaudalado, establecido allí desde hacía muchos años. Desde cuando logró escapar, como por milagro, del puñal de los salteadores que, enmascarados, ultimaron cobardemente y con alevosía a su hermano —el abuelo de José Asunción y por quien éste se llamó así— una noche memorable en “Hato Grande”, la histórica hacienda de la sabana de Bogotá que había sido inmediatamente antes del general Santander, y en la puerta de cuya antigua casona, donde se perpetró el crimen, veíase aún el elegante letreiro puesto por el prócer granadino y que arrancaron más tarde manos inconscientes: “Propiedad de Santander y de sus amigos”. Este don Antonio María Silva —quien, como le decía, era muy rico, misántropo y solterón empedernido—, pasó el resto de su vida observando el vaivén del Boulevard desde la terraza de un café, que existe todavía pero cuyo nombre se me escapa en este momento, situado en frente del teatro de la “Porte Saint Martin”. Y allí, como tuve ocasión de oírlo referir varias veces a personas que estaban muy bien enteradas, lo acompañó José constantemente, hasta que persuadido de que no encontraría en el viejo misántropo el apoyo que buscaba —el que nunca encontró puesto que de la fortuna de los Silvas ni nuestro poeta ni su familia vieron nunca un ochavo— resolvió retornar a Colombia. Y de allá no volvió a salir hasta que fue a Caracas.

¿Y éste su breve paso por la carrera diplomática? A mediados de 1894, y no “un año después de haber muerto Elvira”, partió José Asunción como Secretario de nuestra Legación en Venezuela. Y es muy cierto que en esos días la situación económica tocaba los lindes de la catástrofe. Pero ni aquel viaje tuvo relación alguna con la muerte de su hermana, ni él lo buscó, ni mucho menos fue su móvil “buscar otros medios de vida más en armonía con sus gustos mundanos y sus afanes de estudiosos”.

Creo no apartarme de lo cierto al decir que Silva fue ajeno a su nombramiento. Hízoselo el Presidente Caro ante las instancias privadas de la familia y de algunos amigos que creyeron le convendría salir por algún tiempo del país.

Pero se lo hizo porque en todo caso se trataba de una persona idónea. Y talvez tampoco me aparto de la verdad si agregó que Silva salió de Bogotá como a más no poder, para servirme de una frase harto expresiva.

Y sin pretender por mi parte establecer comparaciones odiosas, ¿qué iría a buscar Silva en Caracas que no encontrara en Bogotá, donde adquirió gustos refinados y el amor a las letras y a las gimnasias del espíritu? José Asunción fue un producto netamente, fundamentalmente bogotano. Uno de nuestros productos más interesantes.

Claro que si en vez del desastre económico hubiese logrado amasar una fortuna, con todas probabilidades habría dado el placer de viajar con detención por estos seductores países de Europa. Y qué emociones no habrían palpitado en él al pasear en calma y en reposo, por ejemplo en París, a lo largo del Sena, abstraído en las perspectivas únicas de sus orillas legendarias, pobladas de recuerdos sentimentales y gloriosos; o bajo las brumas del norte, ante la grandiosidad londinense, donde al cruzar a Old Bond Street o a Picadilly se hubiera sentido un Lord; o al internarse, bajo el ardiente sol del mediodía por las tortuosas callejuelas de Sevilla, olorosas a nardos y a clavel, y donde “vibran las cuerdas frágiles de la guitarra”; o al tomar la góndola en los canales encantados de Venecia; o al ir bogando en el Rin, con su olor a leyendas y a baladas; o viendo de cerca esta tierra de Flandes, donde palpitan el arte medioeval y el heroísmo. Pero no es menos probable que al fin hubiera vuelto a Bogotá, a disfrutar allí de aquella fortuna, al lado de su familia a quien adoraba y de íntimos y espirituales amigos. ¡Tenía tantos!

Otra cosa, y muy distinta, es que, dadas las azarosas circunstancias en que salió de Bogotá, y el relativo desahogo económico de que disfrutó en Caracas, hubiese deseado prolongar indefinidamente su ausencia. Eso es más que natural.

Ni tampoco en la estrofa citada pretendió el poeta, fatigado por la rutina del medio, hacer la pintura de Bogotá. Con pincelada de maestro trazó en ella y las siguientes lo que es la tarde lluviosa, triste, fría, oscura del día de difuntos, cuyo ambiente, en París o en Londres, en Madrid o en Bruselas, en Caracas o en Bogotá invita al silencio, a la meditación y al recogimiento.

A mi entender, no hay, pues, de dónde agarrarse para

afirmar que el medio influyera en la trágica determinación.

En cambio, Arguedas prescinde de otros dos factores importantísimos, y que unidos a la catástrofe económica sí fueron seguramente decisivos para que la tomara. Me refiero a dos aspectos de la personalidad de Silva. El uno proveniente de su carácter; el otro, de su inteligencia.

Primero la vanidad. Porque Silva fue un hombre vanidoso. Vanidoso de su talento, de sus versos, de su figura física, — mirada, barba, manos, fuerza varonil.

Vaya un ejemplo a este último respecto. Como hombre de su época y de su medio, montaba bien a caballo, aunque distaba mucho de ser un jinete a la altura de no pocos de sus amigos. Pero él, poco conforme con esta notoria inferioridad, pugnaba por aparecer como el más apuesto y audaz de los “cachacos” bogotanos que en ágiles bridones cruzaban la sabana o corrían en las que llamábamos carreras de honor. Y así, cuando poco antes de su muerte, estableció en los alrededores de la ciudad una fábrica de baldosines —negocio que concibió en Caracas y que acabó por dar al traste con sus últimas esperanzas—, era de verse en nuestras calles en un brioso caballo tordillo, aderezado con galápago “Camilo”, aciones de cuero crudo, estribos “cola de pato”, bridas, retranca y cabestro de rejo tejido, freno de Suesca, y luciendo él gruesos guantes de piel de perro, de los más finos y últimamente llegados al almacén de Rodríguez & Pombo, amplios zamarros de cuero de león, zurriago en la mano izquierda, jipijapa de anchas alas y copa alta y donosamente echada al hombro una burda ruana tejida en Guachetá y oliente todavía al vellón recién esquilado, como diciendo: ¡Nadie monta como yo!

Especialísima fruición sentía también cuando sacaba su lujosa petaca de plata martillada repleta de los cigarrillos turcos más exóticos y caros, delante de algunos señores muy respetables, muy ricos y muy prudentes, que modestamente fumaban “La Legitimidad” o “Bocaccio”, u otros más baratos todavía, de la fábrica cubana de Prudencio Rabelle. Un gesto de esta clase era para Silva el placer de los dioses... Remedador felicísimo, aun se le recuerda contando los graves y serios consejos que a este respecto le daba alguna vez uno de aquellos caballeros, muy respetable, muy rico y muy prudente. ¡Qué gracia tenía!

Y agréguese a esta vanidad casi enfermiza, el hecho de que como poeta no conoció los laureles del triunfo. Nues-

tros vates mayores, fuertemente asidos a la tradición clásica, no sólo no hallaban de su agrado sus versos, sino que a él mismo no lo tomaban a lo serio. Esta es la verdad. Apenas si un reducido grupo de amigos oíase los con placer. Pero, claro, pagado de su genio, él se avenía muy mal con esta especie de opacidad literaria a que fatalmente veíase condenado.

Y el otro factor decisivo, el proveniente de su entendimiento y del que también prescinde Arguedas al establecer las causas del suicidio, fueron sus ideas religiosas.

¿Era Silva creyente? Suya es esta estrofa que con gusto hubiera firmado un Louis Veuillot, por ejemplo:

Mas si os cansó lo rudo del camino,
Y si está el corazón agonizante,
Pensad que sólo sois un peregrino
¡Y seguid adelante!

Pero la idea netamente cristiana que inspiró esta estrofa, y que desde luego no se compadece en manera alguna con la fría y premeditada resolución de un suicidio, es casi seguro que en él carecía de un sólido, de un hondo raigambre. Me atrevo a pensar, por tanto, que si hasta cierta época de su vida fue creyente, poco a poco el abuso de tales y cuales lecturas, el olvido de las antiguas prácticas, y aun la práctica insincera de ellas, acabaron por relajar, primero, y luego por extirpar de su pecho los relámpagos de fe que en otro tiempo lo inflamaban. La práctica insincera he dicho. Porque persona que debe saberlo, me contaba en días pasados que cierto misticismo de que hizo alarde en su última época no pasó de ser una "pose", muy estudiada y muy calculada.

De suerte que para mí no hay duda de que teniendo en cuenta estos dos factores de que prescinde Arguedas —la vanidad personal y la falta de creencias religiosas—, sí es fácil establecer las circunstancias que en lógico encadenamiento lo llevaron a dispararse un balazo en el corazón.

El fenómeno, por lo demás, es muy simple. El menos perspicaz de los observadores lo comprende sin dificultad.

Dados los antecedentes y las circunstancias anotadas, basta para comprender su desarrollo lógico una ligera composición de lugar. Y es fácil hacerla. Veamos:

Cuando aquel domingo lluvioso de mayo entró al apo-

sento de Silva a despertarlo, como de costumbre, la antigua y fiel servidora de la casa, —la negra Mercedes, a quien todos conocimos, amable y hacendosa— encontrólo durmiendo el sueño de donde nunca se despierta... Entreabiertos tenía los ojos, la cabeza ligeramente inclinada sobre el lado izquierdo y ninguna contracción del rostro indicaba que hubiese sentido las angustias de la muerte. Esta había sido instantánea, fulminante. Bajo las sábanas yacía el cuerpo rígido, inanimado. La mano derecha sostenía aún el oxidado revólver que había pertenecido a su padre y el que pidió a su madre, la víspera, con cualquier frívolo pretexto. Pero no estaba de frac, como se afirma. Ni podía haberlo estado. Porque si fue vanidoso, Silva fue también elegante. Y un gesto de esta naturaleza hubiera lastimado la discreta "measure" de que siempre hizo gala.

No pudo precisarse la hora del suicidio, pues la detonación pasó inadvertida. Pero sin duda fue en las horas de la madrugada, puesto que se recogió a eso de la media noche y el cenicero denunciaba que había fumado cosa de quince a veinte cigarrillos turcos. Por este detalle se ve, además, que reflexionó largamente el paso que iba a dar.

¿Y cuáles fueron estas reflexiones? Misterio insondable, en el cual a nadie es dado, ni lo será, penetrar exactamente.

Y sin embargo, ¿quién sabe si cuando aquel sábado giró un cheque a cargo del Banco de Bogotá para cubrir a "La Flora" el precio del último ramo de camelias blancas que había enviado de regalo, y vio que el saldo que le quedaba disponible era sólo de CENTAVOS, quién sabe si no tuvo un momento de desesperación! ¡De torturante desesperación!

Divisó acaso en ese momento una perspectiva sombría, mucho más insoportable para él que para otro cualquiera, pues heríale las fibras de aquella su casi enfermiza vanidad.

Ya, —debió pensar en su interior— no podría volver a montar en briosos caballos "canogüeros"; ni a procurarse, impresas sobre papel de Holanda y empastadas en fino cuero de Rusia, las últimas novelas de Bourget, de D'Annunzio, de Prévost; ni a fumar el rubio tabaco de Oriente, ni a usar corbatas de Doucet, ni esarpines de Costa, ni a enviar a sus amigos, como a menudo les enviaba, "bibelots" de le-

gítima porcelana de Sévres, ni frescos ramos de camelias blancas...

¿Y sus versos?

Ah! Sus versos, en los que había puesto toda la emoción de que era capaz, condenados talvez a estruendoso fracaso.

La vida debió de presentársele así insoportable. Y entonces, presa de terrible desesperación, olvidándose de que era sólo un peregrino y que debía seguir adelante, seguramente pensó en el reposo de la tumba, en la quietud del camposanto, en la sombra melancólica de los pinos y cipreses que bordan los osarios. En todo aquello que palpita a través de su poesía.

Sí, pensó en la muerte... Y como faltóle el supremo refugio de la fe, de la fe en Dios, como le faltó la esperanza en las promesas eternas y no tuvo el soplo de la caridad, únicas fuerzas capaces en determinadas circunstancias de detener al hombre ante el abismo, con premeditación que aterra, con horripilante frialdad, en hora maldita se lanzó a ella.

Por mi parte, cada vez que pienso en esta tragedia, que como le dije al principio me impresionó de niño, instintivamente recuerdo, y la repito desde el fondo de mi alma, la imploración de aquella que

“Vestía traje suelto de recamado viso
En voluptuosos pliegues de un color indeciso”,

y a quien Valencia, en una de sus más felices inspiraciones, nos pinta

“En el diván tendida, de rojo terciopelo”,
 (“Leyendo a Silva”):

“Oh Señor Jesucristo! Por tu herida del pecho
Perdónalo, perdónalo! Desciende hasta su lecho
De piedra a despertarlo! Con tus manos divinas
Enjúga de su sangre las ondas purpurinas...”

Excuse, mi querido amigo, lo mucho que me he extendido en esta carta. Pero el interés que despertó en mí el estudio de mi estimado Arguedas, hizo que insensiblemente dejara correr la pluma para hacerle al margen, por con-

ducto de usted y con el respeto que él me merece, estas observaciones.

Y para hacerlas, no dejó también de influir en mí el pensamiento de que cuando aquel estudio llegue a Bogotá, acaso la otra hermana del poeta, que por dicha vive aún, murmure en su interior: “Estando en Bruselas un Holguín, ¿no se le habrá ocurrido rectificar algunos conceptos?”

Y mientras tengo el gusto de verle, le estrecho la mano cordialmente. Afectísimo,

ALVARO HOLGUIN Y CARO.

